

CARLOS ORREGO BARROS

EL LEGADO POLITICO DE ATENAS Y LAS DEMOCRACIAS MODERNAS <sup>1</sup>

---

FUE EL último libro de Valentín Brandau, y, a nuestro juicio, el más interesante de todos, el que por sí sólo bastaría para dar a cualquier autor el honroso título de Maestro, por el conjunto de ideas que expone, por la doctrina política que sustenta y por la forma tranquila, sencilla y convincente con que está escrito.

Es un estudio sobre política, un tratado sobre las bases inconvencionales del orden social, sobre aquellas eternas bases que tienen por mira la conservación de los derechos naturales e imprescriptibles del hombre, en el cual llega hasta esa fuente perenne, de donde debieran emanar todas las instituciones político-sociales y todas las acciones de los políticos: la justicia.

De todos los esfuerzos por el bien general de las sociedades los más importantes son, sin duda alguna, los de los pensadores políticos, pues aventajan a los de los legisladores y también a los designios de los grandes Hombres de Estado; son los más desinteresados, a veces los más hermosos y fecundos y siempre los más claros.

Este tratado brilla en especial por esto último, por su extraordinaria claridad. Aquí este gran razonador está en su elemento pues la política es la ciencia en la cual la razón humana tiene su empleo más legítimo y fecundo ya que estudia hechos humanos, hechos voluntarios.

Como todos los buenos tratados contemporáneos sobre política, expande luz poderosa sobre los más complicados problemas de la sociedad actual.

Sostiene en él que "el legado político de Atenas" es uno de los más interesantes que Grecia ha hecho a la Humanidad, pues las doctrinas políticas que contiene "han dominado hasta hace poco universalmen-

<sup>1</sup>Capítulo del libro próximo "Valentín Brandau y sus obras".

te", y han imperado en la dirección de "las naciones más ordenadas, más sabias y más prósperas del mundo y resisten hasta ahora con eficiencia los embates destinados a destruirlas".

Su deseo al escribir este importante trabajo fue como siempre, ayudar a la difusión de la cultura general del país, exponiendo a la vista de la sociedad en que vivimos —como fuerte tendencia a ocuparse mucho más de realidades que del ideal— el cuadro de una época hermosa en que se ejercitaron los más nobles sentimientos sociales, en que brilló y triunfó el más puro idealismo; pero también para ilustrar a la juventud estudiosa de regímenes políticos, la cual estima que va por errado sendero y sobre todo para hacerla pensar en estas interesantes materias.

Parte de nuestra juventud, en verdad, vive en un mundo de aspiraciones vagas, de tiernas melancolías, de solitarios dolores, de idealismos confusos; se lamenta con amargura de que nadie se conduele de sus faltas ni de sus angustias, de que nadie escuche sus quejas, ni nadie realice sus nobles esperanzas. Es que todos ellos, por oír a las sirenas socialistas, creen estar viviendo en un inmenso desierto en el extremo del cual creen ver el espléndido miraje del gobierno ideal tan anhelado, y sin que nadie les ayude a llegar a él. No se dan cuenta que este brillante miraje, como todos los espejismos, atrae intensamente —en especial a los espíritus angustiados— pero que, como siempre, pierde a los incautos que fían en ellos. ¡Cuántos esforzados mineros de nuestros desiertos del norte, por creerlos una realidad, han muerto de cansancio y sed, creyendo ver ya cerca el agua manando a raudales!

El autor estima que lo que más atrae en estos momentos a nuestra juventud es, por desgracia, el estatismo. Los tan bellos como irreales panoramas que los predicadores de esa doctrina exhiben por doquier atraen y encantan a nuestros jóvenes que, en los trasportes de sus almas de adolescentes no escuchan ni los consejos más sanos y más sabios, y dejando de lado lo que llaman "prejuicios de viejos", acuden con entusiasmo a las filas estatistas sin reflexionar que con ello van allanando el camino a los partidos totalitarios, a los partidos únicos que —usurpando la representación nacional— pretenden llevar a sus conciudadanos a la mayor de las tiranías, aquella que sofoca y aniquila el libre pensamiento, a una comunidad tan desgraciada en la cual

*nunca se ha de sentir lo que se dice,  
nunca se ha de decir lo que se siente...*

En general los grandes tratadistas que, con sus bien pensadas obras

abren nuevos rumbos, se limitan a pensar con grande altura y a exponer con arte exquisita las nuevas doctrinas, sin pretender convencer; nuestro autor, por el contrario, cada vez que toma la pluma, ya sea para escribir un libro, un ensayo o un simple artículo de prensa lo hace con el deliberado propósito de ilustrar, de convencer, de llevar a los demás a la verdad. Sabía por larga y dolorosa experiencia, que ésta es una campaña difícil, muy dura y hasta peligrosa, a pesar de lo cual nunca cejó en tan noble intento sino que siguió sosteniendo, con ardor, el pensamiento ya clásico de que "no hay más alto y generoso empleo del entendimiento humano, que la prédica de la verdad, por la verdad misma", y consumió su vida en esta tan grande y desinteresada empresa de expandir la verdad.

Creía que exhibiendo a esa juventud, entusiasta y generosa pero extraviada en sus ideales, un cuadro completo y de rigurosa exactitud, del régimen democrático —con sus triunfos y sus caídas, con sus épocas de esplendor y sus períodos de vergüenza— contribuiría a fijar sanas ideas y a señalar ejemplos dignos de ser imitados, y que ayudaría así al reclutamiento de nuevos adeptos a las doctrinas políticas más sabias, a las doctrinas eternas.

Este valioso tratado de filosofía política fue recibido con entusiasmo en los círculos intelectuales, en especial en los universitarios, pues venía a llenar una necesidad sentida desde hacía tiempo, en especial por los estudiantes de Derecho Público. En verdad un tratado de este valor, destinado a exponer la importancia y la grandeza del régimen democrático, es y será siempre de gran conveniencia, pero en estos momentos en que está de moda el desacreditarlo y ensalzar, con entusiasmo, los regímenes totalitarios y algunas otras aberraciones políticas, es casi una necesidad primordial.

La sola objeción que se le hizo a este trabajo en esos cultos medios —sin duda los más indicados para apreciarlo— fue el que era en extremo exagerado el sostener, a pesar de las atenuaciones que le siguen, "que la creación política griega es, sin duda, la más extraordinaria y la más asombrosa creación del genio helénico", pues es innegable, a todas luces, la superioridad de la filosofía griega; basta para ello detenerse a contemplar la enorme diferencia de la moral antes y después de las enseñanzas de Sócrates. En verdad, en materias de moral nuestra civilización lo debe todo —aparte de la influencia del cristianismo— a la filosofía griega; esa tierra privilegiada que fuera la Grecia Antigua, la Grecia inmortal que tantos derechos tiene a nuestro reconocimiento más sincero, a nuestra mayor admiración no tiene ninguno

más sacro que éste; será siempre su mayor título a los reconocimientos del espíritu humano.

Si grandes son las diferencias morales entre las épocas anteriores a Sócrates y a Platón, comparadas con las que siguieron a esos Maestros incomparables, aún más descollante y soberana se destaca nuestra moral —heredera directa de la moral de Sócrates— si observamos la que aún impera en la parte más poblada y de civilización más antigua del mundo, en el Asia infortunada. La comparación es tan triste que da pena el detenerse a observarla, más vale insinuarla únicamente y seguir de largo.

Este reparo, casi de forma, fue lo único que se objetara a este valioso trabajo; en todo lo demás fue calurosamente elogiado, como era de esperarlo dada su grande importancia.

En las primeras cien páginas de esta obra se analiza con detenimiento la manera cómo se fue formando este nuevo régimen que luego se llamó —con toda propiedad— democrático; cómo llegó después a imperar sin contrapeso en la más culta ciudad del mundo antiguo, en la sabia Atenas, y también el por qué se derrumbó esa democracia, que parecía tan poderosa, en la propia ciudad en que había nacido y prosperado hasta disfrutar de un auge nunca alcanzado por otra doctrina política.

Destaca de modo especial que la formación del régimen democrático fue esencialmente lenta, gradual, que fue caminando paso a paso, sin improvisaciones, sin imposiciones violentas; que no fue el resultado de un gran movimiento ideológico, ni como la natural consecuencia de una revolución triunfante, como se ha pretendido establecerla después en muchas naciones. Agrega, con toda razón, que a esto sin duda se debió su éxito asombroso, pues el nuevo régimen se fue adaptando, momento a momento, a la idiosincrasia del pueblo ateniense y no —como en los tiempos modernos, sobre todo en América Latina— en donde el pueblo ha tenido que adaptarse a la manera de sentir y de pensar de ciudadanos en absoluto distintos a ellos, para así poder amoldarse, a medias, a hábitos políticos impuestos. Concede a esta formación lenta la causa primordial del éxito extraordinario del difícil régimen democrático en la culta Atenas, pues estima que parece ser ley de la naturaleza el que siempre sea más recio y duradero lo que tarda más en llegar a la plenitud de su desarrollo; y puede que esté en la verdad, nuestro roble es de muy lento crecimiento y es el que produce madera más dura y el que sobrevive a todos los demás árboles del bosque.

Indica cómo el mayor servicio prestado por este sabio gobierno

democrático el haber contenido a la terrible *demagogia*, que es y ha sido siempre su mayor enemiga, la que ha concluido siempre con la democracia y con todo gobierno porque, como él lo establece muy bien, la esencia de la *demagogia* es “el reemplazo de los que saben por los que no saben, de los competentes por los incompetentes, de los honestos por los deshonestos, de los experimentados por los ilusos, de los hombres de la nación por los del pueblo o del partido...”.

Con grande acierto expone los procedimientos, la táctica que siempre usa la demagogia para escalar al poder que no es sino: “utilizar en su favor cuanto pueda suscitar o acrecentar en las masas un estado de rebeldía...”, “aprovechando la pobreza de los pobres, la malevolencia de los agriados o de los envidiosos, la agresividad de los apasionados... la credulidad de los ignorantes, las tendencias parasitarias de los incapaces, la exaltación perpetua de los ambiciosos...”, usando siempre palabras retumbantes: “exigencias reivindicatorias”, “pueblo soberano...”. Considerando, por cierto, la palabra *pueblo* no en el sentido político sino social, considerándolo no, como parte integrante del Estado, sino como el *todo* del Estado.

Lo más socorrido es ir “predicando siempre que la riqueza de los menos es la causa única de la pobreza de los más” para lo cual sólo existe un remedio: “una nueva distribución de la riqueza”.

Después, con no poca pena, anota el hecho bien triste de que en esta prédica absurda, “más que los inteligentes y los cultos obtienen siempre éxitos prodigiosos, los hombres mediocres, los incapaces, los estúpidos, bellacos y malvados pero conducidos por el deseo de nombradía, de figuración o de disfrute”.

Otro de los éxitos obtenidos por esta sabia oligarquía que gobernara a Atenas durante el esplendor extraordinario de la *democracia* es el haber contenido dentro de sus justos límites el noble concepto de la igualdad. En vez de *la igualdad ante la ley* —que ella siempre hiciera regir— de esa igualdad en que todos tienen iguales derechos e iguales deberes, en que no hay clases privilegiadas, en que hay igual repartición de las cargas públicas, se aspira a *la igualdad total*; se pretende que el hombre justo, el buen ciudadano sea estimado lo mismo que el egoísta, que el malvado.

Nadie puede dudar de que la fortaleza de espíritu y la habilidad hicieron, hacen y seguirán haciendo la prosperidad y superioridad de aquellos que las poseen, porque las desigualdades de situaciones no son sino la consecuencia lógica e inmediata de la desigualdad de inteligencia y de coraje. Tampoco nadie puede dudar de que es falso, de falsedad absoluta, que la igualdad sea una ley de la naturaleza, puesto

que ella no ha hecho nada igual, no hay igualdad ni aun entre las hojas de un mismo árbol; la ley soberana de la madre naturaleza es la subordinación y la dependencia. ¡Cómo no respetar los dones naturales que ni el estudio ni la fortuna pueden dar! y cómo, ya lo dijo el padre Homero: ¡Cómo estimar lo mismo al cobarde que al bravo!

¡Pero en los tiempos desdichados en que impera sin contrapeso la más irritante demagogia siempre se sostendrá con énfasis la igualdad absoluta, la igualdad total pero a la altura del rasero menor!

En apoyo de su tesis de que la igualdad absoluta es imposible y absurda, reproduce el pensamiento de Dostoiewski, a quien nadie podrá suponer un espíritu retrógrado que dice: “La tendencia a la igualdad real es una tendencia que conduce a la máxima desigualdad posible, y, para comenzar, a la dictadura ilimitada de una minoría insignificante sobre las más vastas masas humanas”.

En la segunda parte de este estudio enumera y analiza las enseñanzas que se desprenden de la historia de la grandeza, decadencia y aniquilamiento completo de esta institución tan venerada un tiempo y luego tan vilipendiada en la sabia Atenas. Estas son, como es lógico, numerosas pero la principal, en la cual el autor insiste más, es que “las democracias subsisten *solo* mientras son conducidas por hombres superiores; desde que estos hombres faltan o dejar de actuar —voluntaria o involuntariamente— la desnaturalización y la perversión de las instituciones democráticas aparecen y se hacen más y más hondas y difíciles de remediar”.

Concluye sosteniendo con toda sinceridad que “La democracia debe, en todo momento, ser dirigida por un conjunto de hombres de selección moral e intelectual”. Como se ve se acerca en esto a lo sostenido por Carlyle y su escuela que cree que nada hacen las masas, que todo lo hace el héroe, ese ser providencial al que hay que deificar y rendirle merecido culto, y más aún a lo sostenido por Renán en sus *Dialogues Philosophiques*, “que el objetivo de la Humanidad debe ser el producir grandes Hombres, cosa que hará la *ciencia* y no la *democracia*. “Lo esencial, agrega, está menos en tener grandes masas esclarecidas que en crear grandes genios y un público capaz de comprenderlos”. Verdad grande, sin duda, pero ¡cuán desconsoladora! porque ¿cómo producir esos grandes hombres, esos genios? y ¡cuánto más difícil aún el que esos seres de selección sean comprendidos, respetados y seguidos por sus conciudadanos! Cuando se medita sobre estas aseveraciones de tanta gravedad son muchos los que sienten amen-  
guar su entusiasmo por el régimen democrático, lo que ven con menos

despego la mal disimulada simpatía del divino Platón por la monarquía moderada.

Siguiendo en el análisis de las causas de la caída del régimen democrático, insiste en que la más frecuente es el apareamiento de su enemigo capital: la *demagogia*. Recuerda con acierto el pensamiento de Platón y de Aristóteles según el cual “toda forma de gobierno tiende a destruirse desde que exagera sus principios, y que la democracia se corrompe y se pierde por exceso de democracia; y citando a Faguet concluye diciendo que: “la exageración de los principios de democracia en el sentido democrático es “la intromisión de la incapacidad en el poder estatal, el triunfo y reinado de la incompetencia”.

También insiste mucho en este pensamiento, que siempre considerara de grande importancia: “toda sociedad es un vasto conjunto de órganos especializados en su desempeño; que a las clases trabajadoras corresponde la gran función de las labores físicas, como corresponde a los grupos u hombres de *élite* la gran función de las labores intelectuales; que estas funciones, del mismo modo que estos órganos, no son ni podrían jamás ser intercambiables; que, por el contrario, la especialización más y más creciente, es una de las condiciones primordiales de toda eficiencia, así en el orden de los esfuerzos físicos como en el de los espirituales...” Las últimas cincuenta páginas de este magnífico trabajo están destinadas a analizar las que James Bryce, en “las Democracias Modernas”, llamara las deficiencias del régimen democrático. Como es natural, tanto para Brandau como para Bryce, son muchas y de eficiencia muy diversas, por lo que únicamente analiza las principales. Destaca como muy grave el excesivo poder del dinero que suele hasta corromper a los Poderes Públicos y que con tanta razón alarmara a Bryce; insiste en la tendencia funesta de hacer de la política una profesión lucrativa, que en los últimos años tanto se ha intensificado entre nosotros; la mala gestión de las finanzas públicas, que ahora agobia a todas las naciones; el abuso de la doctrina de la igualdad, que no se detiene ni siquiera a distinguir entre el espíritu esclarecido y el incapaz, entre el inculto y el sabio, entre el gran ciudadano y el malvado, sino que los considera a todos como iguales; y el poder excesivo de los partidos políticos. A este conjunto de *deficiencias* establecido por Bryce agrega nuestro autor algunas otras de no menos trascendencia y de mucha actualidad, observadas y anotadas por él.

La primera de ellas es la tendencia insistente de las democracias hacia el estatismo, es decir, a “la organización política más opuesta a la democracia”, a ese sentimiento que ha resucitado —más vigoroso

y audaz— al terrible Leviatán de Hobbes que la sociedad política universal tenía ya enterrado en las tinieblas del olvido. ¡Parece inconcebible esta tendencia política después de los aplastantes fracasos del facismo y del nacional-socialismo, después de los bochornosos días de Hitler y de Mussolini! Pero nuestra pobre Humanidad no escarmienta. Así como al miope le atrae siempre todo lo que brilla, a las masas le atrae casi invenciblemente el súbito y brillante éxito de la fuerza y se postran delirantes ante quien dispone de ella, sin reflexionar con cuántos sacrificios espantables tendrán que pagar esas horas de orgullo satánico. Es inútil disertar en contra del caudillo audaz y afortunado pues las masas, que son las que más tienen que sufrir con sus empresas, son las que con mayor entusiasmo le glorifican.

La segunda deficiencia, igualmente grave y aún mayor que la anterior, es el incremento extraordinario de la demagogia que según todos los tratadistas —antiguos y modernos— es su mayor enemiga y la causa de la ruina de todas las democracias; esa terrible *demagogia* que ya Aristóteles llamara, con tanta razón, “la forma degradada y pervertida de la democracia”. Considera que el peligro va aumentando rápidamente porque ahora, merced a la televisión, a la radio, a la prensa barata, etc., interviene una masa, mucho mayor que antes, en política; y como mientras mayor sea la masa más bajo tiene forzosamente que ser el nivel intelectual y moral medio de ella, es innegable que la pendiente a la demagogia tiene que ser mayor y su camino hacia el éxito mucho más llano.

También, como enorme *deficiencia* democrática coloca la extraordinaria multiplicación de los partidos políticos que a veces hace imposible todo entendimiento entre ellos, aun en los problemas nacionales más vitales; y, como consecuencia inmediata, la mutilación de la voluntad nacional que no es, ni puede ser, la ideología de una mayoría, ni las de las minorías, sino el conjunto de todas ellas.

Considera, en seguida, el hecho alarmante —en el cual insiste con toda razón— de que en los últimos años se han constituido “verdaderos Estados dentro del Estado” al tolerarse la intervención constante de “los poderosos sindicatos, de los populosos gremios, etc., en las resoluciones políticas. El autor cree, y a nuestro juicio con toda razón, que es este el mayor peligro actual, para la democracia y para todo gobierno libre, porque los sindicatos ejercen, a la vista de todos, una doble dictadura: la dictadura sobre los poderes legítimos, sobre los Poderes Públicos, y al mismo tiempo la horrible y tenebrosa dictadura terrorista sobre sus propios miembros.

Es éste, sin duda, el peligro mayor, no solamente para los regímenes democráticos sino para todo régimen político porque si en un momento dado el Soberano llega a no serlo y tiene que doblegar su voluntad ante presiones injustas y violentas y tiene que ver ¡triste es decirlo! hasta violada la majestad de la Ley, entonces ya no es Soberano pues no puede ejercer el Gobierno.

Y, sin necesidad de escrutar mucho los acontecimientos políticos contemporáneos, tenemos que reconocer que esto ha pasado en diversas ocasiones. . . ¿y qué puede haber de más contrario a un régimen político que merezca el nombre de tal, que ver forzada la voluntad nacional y sometida, por la fuerza, a los deseos egoístas de un conjunto de hombres accidentalmente más fuerte que el resto de los ciudadanos?

La alarma, asimismo, la creencia tan desarrollada ahora entre nosotros de que “no existe otro procedimiento para resolver los problemas sociales que *el procedimiento revolucionario*”. En verdad nada puede ser más grave para una sociedad que el que su juventud —de la cual depende el porvenir— se niegue a admitir, para la conclusión de tan grave problema como el social, a la razón y que estime que la única manera de solucionarlo sea por medio de la fuerza. Tal procedimiento equivale a retrotraer a nuestra civilización a la época de los trogloditas, cuando en nuestra tierra aún no imperaba la hoy potente luz de la razón; a ese vergonzoso período humano en que sólo existía el dominio de la fuerza, en que aún no estábamos capacitados para usar de la razón, para servirnos de esa fuerza prodigiosa que ha hecho, del débil ser humano, el amo y señor del planeta.

Concluye este estudio con un análisis muy interesante sobre los medios de contrarrestar esta campaña sistemática en contra de todo régimen democrático y liberal. Esta parte del trabajo es muy instructiva —y para usar una de sus expresiones favoritas— diremos que es “extremadamente interesante”, pero por desgracia en la que notamos un ligero pesimismo respecto a la eficiencia de la acción razonadora en contra de los vigorosos sentimientos, cuando dice: “no cabe rehacer la naturaleza de los seres humanos mediante *conocimientos* de ninguna especie”. Olvida por momentos la eficacia de las ideas, de esas potentes energías que manejan al mundo, sin considerar cuán difícil es establecer de antemano la órbita inmensa que de seguro recorrerá un concepto bien preciso, ni que dilatadas regiones siderales iluminará un nuevo, deslumbrante y vigoroso ideal. Es ésta una de las raras veces que hemos notado, en su larga vida de razonador y de luchador infatigable, una falta de fe en la acción, que hemos notado un ligero pesimismo en este hombre esencialmente optimista.

En verdad este valeroso hombre de acción fue siempre un optimista, pero no a la manera de *Candide* que siempre negaba la existencia del mal para no sentirse obligado a combatirlo. No, él siempre estimó, como dijimos, que el mundo es bueno y con tendencia constante al perfeccionamiento, por lo cual ponía todas sus poderosas energías en apoyo de esta feliz tendencia. Su optimismo no era hijo de debilidades, que nunca tuvo, sino el resultado lógico de una arraigada convicción.

Nos consuela el comprobar que estos ligeros pesimismo los tienen hasta los más grandes pensadores. Aristóteles al concluir su famoso tratado "La Moral para Nicomaco" escribe con pesar: "Si los discursos y los escritos pudiesen por sí solos hacernos hombres de bien, merecerían que los buscásemos por el mundo entero y que los pagásemos a precio de oro; pero por desgracia sólo pueden determinar a algunos jóvenes generosos a perseverar en el bien, y hacer de un corazón bien puesto y espontáneamente honesto, un amigo incommovible de la virtud". Y decir, por último: "que la razón no puede por sí sola persuadir a la masa ignorante que obedece apenas a los castigos más duros".

Con todo, el gran filósofo no desmayó en su obra maravillosa sino que elaboró otros dos tratados más sobre Moral. Nuestro ardoroso luchador por la verdad política tampoco abandonó su valiente empresa y siguió escribiendo artículos de prensa y publicando libros hasta el último día de su vida, pues comprendía que mientras más apartada está una sociedad del camino de la verdad —ya sea por ignorancia de sus miembros o por maldad de los predicadores de perversas doctrinas— hay que gastar mayor esfuerzo para salvarla ilustrándola y desenmas-carando a los falsos apóstoles.

Es familiar entre los críticos de Bellas Letras el pensamiento de La Bruyere: "Cuando la lectura de una obra ennoblece el espíritu y nos inspira pensamientos grandes y generosos, no hay que buscar otra norma para juzgarla, porque es buena y de mano maestra". Tal cosa puede decirse de "El Legado Político de Atenas y las Democracias Modernas" porque su lectura eleva los sentimientos, nos procura ideales nobles y ansias de acción regeneradora. Además todas sus observaciones, tanto políticas como sociales, son tan precisas, tan justas y tan dignas de ser recordadas que no es posible desecharlas o siquiera dejarlas de lado; aún más, la idea que nos viene en el acto a nuestra mente es la de recomendar su lectura, porque cuando se leen y estudian obras como ésta y se puede apreciar el temple intelectual y moral del autor, hasta en los espíritus más escépticos, renace la brillante luz de la esperanza.

Está escrita con su característico estilo de siempre: sencillo, sin ornamentos atrayentes, pero esencialmente claro, preciso, sin que ninguno de sus pensamientos siempre nobles, ni ninguno de sus precisos ideales puedan entenderse de distinta manera de aquella en que él los escribió; no hay en toda esta obra ni una sola vaguedad ni ningún lirismo. Quizás pueda decirse que a veces repite las argumentaciones. Es verdad, pero es cosa deliberada en él, pues siguiendo el consejo de su amigo de París, el renombrado filósofo Gustav Le Bon, repite y vuelve sobre determinados argumentos para gravar en la mente de sus lectores, conceptos y argumentaciones que considera esenciales en el problema que está tratando. En resumen, podemos decir que su factura es la habitual en él, la corriente en los que dedican parte de su noble vida a ejercer de Profesores Universitarios, pues analiza, como ellos, con prodigiosa rigidez los hechos, para luego recomendarlos o combatirlos.

Además, a nuestro juicio, este vigoroso estudio político es de grande interés porque exhibe con toda nitidez el pensamiento de su autor sobre el candente problema político de la Era actual, y porque no es el último resplandor de un fuego que se extingue sino la obra final de un gran luchador de ideales que estaba en todo su vigor, en la madurez de su inteligencia y en el cenit de su gran cultura.